

# El Eco de Cartagena.

AÑO XXIX.—NUM. 8426

DIARIO DE LA NOCHE

TELÉFONOS NÚMS. 4 Y 58

PRECIO DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7'50 id.—Extranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—Corresponsales en París E. A. Loreite, rue Caumartin, 6, Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, Mr. C. 166.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

**LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS 4.**

Sábado 7 de Diciembre 1889

## MUEBLES DE PEDRO POSTIGO.

CALLE DE SAN FRANCISCO, NUMERO 4.)  
Gran rebaja de precios.

Sillerías talladas y grabadas con piés torneados, compuestas de 6 sillas, 2 sillones y sofá, forradas en tapiz bueno, sólida construcción, 45 duros. Cortinas torneadas de las mejores fábricas, más baratas que nadie. Bufets ó apoyos con mármol de Italia, espejos con buena luna de primera, alemana, comedores, dormitorios y todo lo concerniente al ramo de ebanistería y tapicería con notable rebaja de precios.

Grandes existencias en toda clase de muebles inmensos surtidos en muebles de rejilla de las mejores fábricas de Alemania.

Talleres de construcción y competencia con todos los muebles de todas las procedencias.

## ECOS DE MADRID.

6 de Diciembre de 1889.

El último domingo se celebraron en toda España las elecciones municipales. De lo que ha pasado en provincias los periódicos diarios han relatado lo más pintoresco y no me extrañará que muy en breve se represente un sainete titulado «Las elecciones en Oropesa ó la vaca política». Mentira parece que en países civilizados se recurre á los medios que en el nuestro se emplean para conseguir cargos que exigen asiduos trabajos y carecen de toda remuneración. Claro es que yo no tengo para que ocuparme de las quisicosas de la política, pero esos vehementes deseos que se apoderan de los aspirantes á concejales, esos sacrificios pecuniarios que hacen, esos pintorescos recursos que emplean para alcanzar el triunfo constituyen costumbres, escenas de la vida y entran de lleno en este concepto en el terreno de mis Ecos.

Es necesaria una imaginación muy fecunda para idear lo que con tan buen éxito han realizado en Oropesa los partidarios de una candidatura. Aquella vaca brava que se levanta atada cuando se acercaron á votar sus amigos, y que saltaba cuando sus adversarios se aprestaban á emitir el sufragio es un sainete al que solo le falta la música de Chueca.

Ó hay un gran patriotismo entre los españoles que desean sacrificarse en aras de la localidad en donde residen ó esos cargos gratuitos son una breva á juzgar por el entusiasmo con que se la disputan. En Madrid, por ejemplo, hemos visto poner en juego todos los medios de que han podido disponer y gastar abundantes cantidades á importantes industriales, á abogados de frecuentado bufete, á médicos de mucha y sanaada aunque no saludable clientela. Lo natural es que estos señores tengan mucho que hacer, que si se consagran á fomentar y defender los intereses municipales tengan que abandonar los suyos. Este sacrificio moral representa inmensos sacrificios pecuniarios; y sin embargo lo arrostrarán por llegar á alcanzar la faja de concejales, el bastón de alcaldes. ¿No es esto patriotismo? Algunos maliciosos aseguran que lo que tanto cuesta mucho vale; pero yo creo que estas son suposiciones gratuitas como el cargo de concejal y que los que con tanto afán aspiran á entrar y salir en el municipio como Pedro por su casa, lo hacen únicamente para

poder llevar á sus señoras á ver las procesiones desde el amplio balcón del palacio consistorial, ó para perseguir á los picaros tenderos que falsifican los alimentos de sus convecinos.

Sea lo que sea, lo cierto es que el domingo último presentó Madrid un cuadro animadísimo. Por la mañana y en las primeras horas de la tarde votación; desde las cuatro hasta las cinco la ascensión en globo de un aeronauta que tiene el privilegio de conseguir que los habitantes de la villa y corte alzen los ojos al cielo los domingos; después el escrutinio; por la noche en cafés y tertulias los comentarios. Días como el que someramente describo entran muy pocos en libra, y demuestran lo que se animarán las poblaciones cuando el sufragio universal convierta á cada ciudadano en un voto.

Con estos cuadros de costumbre, políticas con la reseña de los crímenes del día y la de las vistas de los del año anterior que llenan los periódicos y con la gran cantidad de novelas que sirven en la actualidad los folletines á nuestra meridional población. Ávida de emociones, no hay vida más entretenida que la que podemos pasar.

Los artilleros celebraron anteayer con gran solemnidad la fiesta de su patrona, de esa santa de quien no solemos acordar nos más que cuando truen. El grandioso templo de San Francisco ofrece un aspecto magnífico, deslumbrador y refulge además en torno de los dignos herederos de Daoiz y Velarde á las damas más aristocráticas y á las mujeres más elegantes y bonitas de Madrid.

Por la noche celebraron los artilleros un banquete en el que reinó la mayor cordialidad.

Santa Bárbara que se presta á chistes vulgares patrocina á militares ilustrados y bien lo demostraron en los brindis discretos y elocuentes con que amenizaron la hora del champagne.

Pero para tirura la de un caballero muy atildado á quien un aguador dió anteayer un pisotón en la calle de Alcalá.

Cualquiera al experimentar el dolor le hubiera llamado: ¡Barbarol!

El caballero á quien aludó se limitó á decirle:

—Veo que es V. tocayo de los que hoy celebran sus días!

Ha fallecido el maestro Saldqui. Era ya muy anciano y hace años que su quebrantada salud no le permitía salir de su casa y durante muchas temporadas del lecho. Maestro de la reina Isabel, profesor del Conservatorio, autor de muchas óperas, ha dejado una obra: «Las efemérides musicales» que prestarán buenos servicios á la historia del arte.

JULIO NOMBELA

## EL CRIMEN DE HORTA.

De Barcelona escriben dando detalles del crimen cometido en Horta la noche del sábado.

Según versión del vecindario, observóse que durante el día rodeaban la calle en que está enclavada la casa en que se cometió el crimen dos sujetos de aspecto sospechoso, que hablaban valenciano.

El desgraciado Baldomero Plá, víctima del

sangriento suceso, dedicábase á la expedición de vinos, y últimamente había procedido á la venta de una regular cantidad de cueros, á cuyo comercio se dedicaba también.

Los asesinos penetraron en la casa en ocasión en que sólo se hallaban en ella el dueño y su esposa, y pidieron que se les sirviera vino.

Cuando hubiesen bebido, uno de ellos manifestó deseos de comprar una cantidad de aquel líquido, de clase superior, siendo necesario pasar á la bodega para que la catrasen los miserables que de estas tretas se valieron. A ella se dirigió la mujer, ofreciéndose á acompañarla uno de los asesinos.

Apenas habían llegado al punto referido, arrojóse sobre la infeliz, y sujetándola fuertemente la derribó al suelo, en tanto que con una mano forcejeaba por sacar un cuchillo. No pudo el malvado apoderarse del arma y abría con la prontitud que deseaba, y esto salvó á la pobre mujer, que, al par que se defendía tenazmente, daba gritos pidiendo auxilio. Oyólos un vecino de la casa inmediata, y abriendo una puerta que está á poca distancia del sitio en que la mujer se encontraba, preguntó primero lo que ocurría, é inmediatamente penetró en la casa. Asustóse entonces el criminal, y abandonando á la mujer, salió corriendo, amenazando al vecino con el arma.

Mientras esto acontecía, el otro malvado habíase arrojado á su vez sobre Baldomero Plá, infiriéndole horribles cuchilladas, que le ocasionaron la muerte por degüello.

Los asesinos, al verse descubiertos y protegidos por la oscuridad de la noche, huyeron precipitadamente, sin poder llevar á cabo el robo con que sin duda intentaban completar su infame obra.

El suceso causó tanta impresión á la pobre mujer, que se apoderó de ella una excitación nerviosa tan pronunciada, que para calmarla, después de muchas horas, fue preciso recurrir á los medios más eficaces que recomienda la ciencia.

Un triste dato hay que registrar. El padre y el hermano de Baldomero Plá fueron también, hace tiempo, víctimas de muerte violenta.

Este horrendo crimen ha causado en Horta general consternación.

## Variedades.

Solución á la charada inserta en el número anterior.

CANSADO

## Charada

Pesa primera segunda;  
prima tercera pedí,  
segunda cuarta un vestido  
si la elle fuera y;  
y por una pesadilla  
esta charada escribí.

G. S. J.

La solución en el número próximo.

## EL LACAYO

Si se me preguntara, tal vez no sabría decir el por qué, pero es lo cierto, que de igual modo que siento conmiseración por la triste suerte de algunos criados, siento repugnancia invencible por el lacayo.

Empezando porque sin la ruindad de su figura, su misión en la sociedad no puede desempeñarla, el concepto general de degradación que siempre ha merecido el lacayo, no tiene en mí una excepción.

La raza de este servidor, que nació para

ser humilde y es orgulloso, que hubiera sido plebeyo siempre, si la vanidad que le ha inculcado el brillo deslumbrador de los botones de su librea, no le hubiera transformado en aristócrata; que ocupó en un principio la traseña de los coches y hoy se codea en el faetón ó la charret con su amo por los paseos elegantes, la raza del lacayo, como la del jockey; es una raza degenerada, raquílica, de alambre, como la de los galguitos ingleses que las damas frotan con aguardiente para impedir su crecimiento, lavan y perfuman con sus esencias y cubren con la manta de raso bordado con hilo de oro; en cuya esquina y debajo del blasón de la casa llevan enlazadas las iniciales de los nombres del perro y del ama.

El lacayo, interesado y rastrero, sin tener ó sin querer tener la menor noción de la dignidad de hombre, sufre no resignado sino con complacencia, la situación denigrante en que le coloca la vanidad humana por un lado y por otro la vanidad suya.

Júzgase superior en la casa donde habita al resto de la servidumbre, por ser él á quien directamente se dirige el señor ó la señora, y lo que es mejor y más apetitoso, la señorita, para hacer sus encargos; créese ligado con vínculos de familia á aquella á quien sirve, por haber aceptado en cuantas ocasiones se han venido á mano y la gratificación ha sido instantánea y espléndida, el papel de intercesor entre la niña de la casa y cualquier advenedizo; se considera con poder hasta la insolencia, por haber favorecido al colegial, su señorito, en cualquier inocente escapatoria.

El lacayo, además, tiene concedido acceso á los salones respandecientes y perfumados, mientras el cochero no puede salir sino de la cuadra donde las alazanes inglesas ó las yeguas árabes reclaman sus constantes atenciones, y el portero no puede separarse del dorado pisaporte de la mampara de cristal, para abrirla en cuanto el ruido que produce el rodar de una berlina cesa á la puerta de la casa, denunciando una visita, ó acercarse á lo sumo á la verja del hotel para no dar lugar á que suene la campana que la anuncia, y el cocinero se halla condenado á fuego lento.

El lacayo lleva también la estadística de las cartas que reciben sus amos; formula conjeturas sobre su contenido, adivina por la calidad del sobre y el sello, lacre y armas qué ostenten el objeto que las motive, ó si por estos detalles no lo consigue, no siempre tiene en cuenta la inviolabilidad y secreto de la correspondencia, y las cartas son leídas antes tal vez de lo que deseara el que las escribió y el destinatario.

¡Que diferencia, entre este moderno servidor, lleno de ambiciones, platórico de envidia y repleto de malas intenciones, y el que á modo de escudero fiel, de Sancho Panza, cariñoso, de amigo y consejero desinteresado prestaba á nuestros abuelos sus servicios constantes, sus desvelos, sus atenciones, y ocasiones hasta su vida!

El lacayo cobra un sobresueldo con las sisas que hace, contrastando su conducta con la que observaba el criado antiguo, quien juzgaba un deber de conciencia el ofrecer á sus amos, en caso oportuno el producto de sus ahorros; el lacayo fuma y viste á costa del señorito, á quien aqueja; toma su nombre para todas sus combinaciones, y siempre que puede le desprecia.

«Mentir más que un lacayo» puede decirse que es el colmo del empuje, y lo prueba la popularidad que ha logrado el refrán.

«Es insolente como un lacayo» afirma otro adagio de las personas que la insolencia